



JOHN DICKIE, *Historia de la mafia. Cosa nostra, 'Ndrangheta y Camorra de 1860 al presente. Debate, 2015.* (Traducció: Jaime Collyer)

NÁPOLES: MARIONETAS Y TITIRITEROS

En 1930, la primera gran enciclopedia italiana, la *Enciclopedia Treccani*, incluía la siguiente entrada para el término «Camorra»:

La Camorra fue una asociación de individuos de clase baja que se valía de la extorsión para obligar a los forajidos y cobardes a rendirle tributo. Sus ramificaciones se extendían a todo el Reino de Nápoles; contaba con sus propias leyes y costumbres, una jerarquía rígidamente organizada, deberes y derechos específicos de sus integrantes y una jerga y un sistema judicial de su propia cosecha... Las enseñanzas éticas y el progreso en las condiciones ambientales tuvieron éxito, al final, en acabar con la Camorra... Solo persiste hoy la palabra, indicativa de abusos o actos de matonismo.

La Camorra estaba muerta: por primera vez, esta altiva proclama se basaba claramente en la verdad y no en las necesidades propagandísticas del régimen fascista. La «honorable sociedad de Nápoles», el antiguo nombre oficial de la Camorra, era una sociedad secreta de asesinos juramentados, extorsionadores y contrabandistas semejantes a las mafias siciliana y calabresa. Como ellas, su modelo era la francmasonería, hablaba el lenguaje del honor y la *omertà*, y nació en medio de la turbulencia política y económica de mediados del siglo XIX. Pero la Camorra era en buena medida el pariente pobre dentro de la familia. Mientras que los *mafiosi* sicilianos se graduaron en los ricos limonares del interior de Palermo y rápidamente hicieron amistad con la aristocracia y la magistratura, los *camorristi* napolitanos se abrieron paso a punta de bravuconadas desde las cárceles, los prostíbulos y los tugurios. Mientras que los gánsteres calabreses treparon la escala social hasta fundirse con el Estado, los *camorristi* de Nápoles nunca dejaron del todo atrás los callejones. Incapaz de recurrir a la protección política de la que las mafias de Sicilia y Calabria podían alardear, la Camorra era una entidad vulnerable. Y, para cuando estalló

la Primera Guerra Mundial, la honorable sociedad de Nápoles se había venido abajo.

En el Nápoles de finales de la década de 1940, uno de los pocos lugares en que se seguía utilizando la palabra «Camorra» era un teatrillo, el San Carlino, cuyo acceso era difícil de encontrar: un portal oculto entre los quioscos de libros usados que atestaban la Porta San Gennaro. En el interior, el auditorio apenas contaba con siete banquetas desvencijadas. El escenario era solo un poco más ancho que el piano vertical situado frente a él. Este era el último puesto de avanzada de un arte al servicio de los iletrados: el único teatro de marionetas de la ciudad.

El teatro de marionetas había sido popular en Sicilia y la Italia meridional durante más de un siglo. Sus historias habituales hablaban de caballerosidad y traición entre los caballeros de Carlomagno en su lucha contra el enemigo sarraceno. Las marionetas, en sus armaduras de aluminio y con sus labios carmesí, hacían largas peroratas acerca del honor y la traición y luego se enzarzaban en una danza inestable que equivalía a un combate a muerte.

En Nápoles, los teatros de marionetas tenían otra especialidad: las historias de caballeridad y traición en el mundo de la honorable sociedad. Si el San Carlino aún sobrevivía entre los cines, era en gran medida por el atractivo tan persistente de los dramas de la Camorra. En el exterior había carteles mal impresos proclamando las delicias melodramáticas en oferta:

ESTA NOCHE

LA MUERTE DE PEPPE AVERZANO EL LISTO.

CON SANGRE DE VERDAD

En el interior, el público era parte integral del espectáculo. Los gritos de «¡Traidor!» y «¡Cuidado!» que procedían de las butacas bien podrían haber formado parte del guión. Los espectadores aplaudían a sabiendas las habilidades de algunos *camorristi* con el cuchillo y denunciaban con rabia las tretas cobardes de otros: «¡Debiera darte vergüenza! ¡Diez contra uno!». Los argumentos se repetían: los *camorristi* prestaban un juramento de sangre, o se batían con cuchillos, o rescataban a las marionetas femeninas del deshonor. La conclusión dramática era siempre la misma: el bien contra el mal, los honestos arrebatos de indignación contra la obscena exaltación suscitada por la violencia.

Cuando la acción era particularmente intensa, el San Carlino se agitaba y crujía como un carro del ferrocarril dando tumbos sobre los rieles.

Todo el mundo conocía los nombres de los héroes de la Camorra: el distinguido gángster don Teofilo Sperino, y el poderoso cabecilla Ciccio Cappuccio (*'o Signorino*); el sinuoso Nicola Jossa, eternamente enfrentado con sus agudezas al mayor camorrista de todos, Salvatore De Crescenzo. Todos esos héroes y villanos guiñolescos habían sido alguna vez gángsteres reales en lugar de marionetas estridentes. El escenario del San Carlino escenificaba episodios genuinos de la historia decimonónica de la Camorra. La «sangre de verdad» que brotaba del pecho de las marionetas en el desenlace dramático de la pieza era, de hecho, una bolsa llena de anilina roja. Y mientras que a los buenos *camorristi* les brotaba sangre roja y brillante, la de los malos era mucho más oscura, casi negra.

Fuera del San Carlino, en las calles napolitanas arrasadas por las bombas, la auténtica honorable sociedad había desaparecido de la escena hacía treinta años. Pero aún quedaban algunos *camorristi* por allí; los más renombrados



constituían entonces una estampa que resultaba familiar y lamentable, que evocaba a la antigua Camorra y la extraña historia de su final.

Gennaro Abbatemaggio era un hombrecito rechoncho, casi calvo. A primera vista, parecía ir bien vestido con su traje y el cuello de la camisa abierto, o una prenda oscura con cuello de tortuga, chaqueta deportiva y gafas de sol. Pero la hechura gastada no engañaba a nadie que lo observara con detenimiento. Puesto que don Gennaro, como lo tildaban los periodistas con irónica reverencia, era poco menos que un indigente. Llevaba una vida precaria sobreviviendo a base de pequeños hurtos y fraudes. Nadie se hubiera preocupado mucho por su fortuna, sino porque era una reliquia viviente de un poder criminal que alguna vez causó pavor.

En 1911, Gennaro Abbatemaggio era un iniciado del capítulo de Stella dentro de la honorable sociedad, pero traicionó a sus camaradas del mundo criminal para convertirse en testigo estrella del juicio más sensacional contra la mafia que se haya celebrado hasta hoy. Los diarios y noticiarios dieron a conocer su rostro a millones de personas en todo el mundo. Durante dieciséis agotadores

meses de testimonios, Abbatemaggio explicó los rituales de la Camorra, sus grados y procedimientos, y testificó describiendo con gran detalle los sangrientos crímenes que sus líderes solían ordenar. Su testimonio desencadenó docenas de condenas. Abbatemaggio le asestó un golpe a la honorable sociedad del que no volvió a recuperarse jamás. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, se filtró la noticia procedente de los bajos fondos de que la Camorra había sido formalmente disuelta.

En 1927, Abbatemaggio volvió a ser noticia cuando anunció que, por órdenes de los carabinieri, se había inventado todo el testimonio que había aportado. Hasta hoy, no se sabe con certeza qué parte de su testimonio era falso. A pesar de ello, como fruto de esta sorprendente retractación, los *camorristi* condenados en el juicio de 1911 fueron liberados; pero para entonces la honorable sociedad de Nápoles había estado demasiado tiempo ausente del escenario para reavivarla.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Abbatemaggio hizo todo cuanto pudo para seguir siendo el centro de atención, al menos cuando no estaba en prisión. En 1949 protagonizó un intento de suicidio y una conversión religiosa; más tarde

dio entrevistas en las escalinatas de la iglesia romana donde habría de recibir su primera comunión. Cuando fracasó en la religión, intentó iniciarse en el negocio del espectáculo, pero sus reiterados esfuerzos por lograr que su propia historia se llevara al cine no llegaron a nada. Tuvo que contentarse con que lo fotografieran con los actores protagonistas en el estreno de la película *Processo alla città*, que volvía a relatar la historia del juicio de 1911, causa principal de la destrucción de la honorable sociedad.

Viendo cerradas las puertas de la industria cinematográfica, Abbatemaggio intentó como último recurso revivir su momento de gloria. Para ello, anunció que tenía detalles asombrosos sobre uno de los mayores enigmas que había entre los muchos asesinatos de 1953: la muerte de una jovencita romana, Wilma Montesi. Pero pronto se hizo evidente que el viejo chivato estaba intentando volver a las andadas. De hecho, lo arrestaron y juzgaron por falso testimonio. Luego se lo vio mendigando. La prensa comenzó a ignorarlo.

De manera que, si la palabra «Camorra» aún se empleaba en el Nápoles de posguerra, era solo para evocar su recuerdo con la misma mezcla de burla y lástima que

suscitaban las historias en la prensa del teatro de marionetas o la figura de Gennaro Abbatemaggio.

Hoy en día, más de medio siglo después de la muerte de Abbatemaggio, el término «Camorra» ha cambiado de significado. En las décadas que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, la Camorra ha resurgido y adoptado una nueva identidad; se ha vuelto más fuerte y más insidiosa que nunca. Ya no es una honorable sociedad, es decir, una secta única de criminales con sus ritos de iniciación, sus duelos a cuchillo, sus grados y sus normas. Hoy «camorrista» equivale a un afiliado a uno de los muchos sindicatos de gánsteres estructurados pero a menudo inestables. Por lo tanto, la Camorra no es solo una sociedad secreta como las mafias de Sicilia y Calabria. Más bien, es un mapa muy vasto y en cambio constante de pandillas que rigen en distintos territorios de Nápoles y la región de Campania. Igual que la honorable sociedad de antaño, estas organizaciones gestionan redes de protección a cambio de sobornos y operaciones de tráfico ilegal. Pero —al menos cuando las cosas les van bien— tienen mucho más éxito del que nunca antes tuvo la

honorable sociedad, en lo que se refiere a infiltrarse en las instituciones estatales y la economía del país.

Para las audiencias del San Carlino a finales de los años cuarenta, esa futura encarnación de la Camorra habría resultado muy improbable. Aunque los mafiosos estaban sin duda activos en el Nápoles de posguerra, eran bastante menos poderosos que hoy, o que por esa época en Sicilia y Calabria. Nápoles nunca pudo forjar nada parecido a la gran conspiración de silencio en torno a la Mafia que profesaba la clase dominante siciliana. Nunca hubo un equivalente napolitano de un juez principal como Giuseppe Guido Lo Schiavo, dispuesto, a pesar de todo lo que sabía, a negar la existencia misma de la Mafia. Y la gran y atribulada ciudad de Nápoles estaba lejos de ser políticamente invisible, como lo eran los pueblos y aldeas de Calabria.

De todas maneras, si lo examinamos con mayor detenimiento, vemos que los mafiosos del Nápoles de posguerra resultaron ser los antecesores de los *camorristi* que hoy blanden sus Kalashnikov, trafican con cocaína y van vestidos con traje. Las semillas del futuro renacimiento de la Camorra ya estaban sembradas. En efecto, ya había

algo amenazante en los bajos fondos de la ciudad: algo que dejaba muy claro que la Camorra no estaba tan muerta como las enciclopedias proclamaban. Una mirada atenta a la tierra de los gánsteres en Nápoles en los años cuarenta y principios de los cincuenta nos muestra a la vez que Italia en general, y Nápoles en particular, tenían mala conciencia con respecto al crimen organizado. Era una ciudad que se negaba a utilizar la palabra que empezaba por C (a menos que se hablara del pasado, por supuesto: del teatro San Carlino o de Gennaro Abbatemaggio). Resumiendo, Nápoles contaba a la vez con sus mafiosos característicos y también con su peculiar forma de olvidar que existían.

Los estereotipos eran la forma más poderosa de olvidarse de la Camorra. Nápoles es la ciudad italiana más difícil de comprender. Ha habido incontables visitantes tentados de juzgarla por sus apariencias, porque estas son demasiado exageradas y variopintas. Durante cientos de años, Europa ha encontrado irresistible el espectáculo de las calles napolitanas bañadas por el sol. Un lugar en el que la miseria parecía presentarse en colores y donde una música suave parecía emerger milagrosamente entre el bullicio constante. Los pobres de la ciudad tenían la fama de echar

mano a cualquier treta deshonesto, a representar cualquier acto degradante, para llenarse el estómago y vivir una vida de *dolce far niente* («dulce ociosidad»). La razón por la que Gennaro Abbatemaggio aparecía tan a menudo en los diarios a finales de los cuarenta no es solo porque fuera quien había destruido a la honorable sociedad, sino también porque, con sus triquiñuelas tragicómicas, parecía la encarnación personificada del arquetipo napolitano que todos sustentaban. El San Carlino atraía la atención porque también parecía peculiar y típico de la ciudad. Los pobres napolitanos eran considerados pícaros que vivían en el paraíso: juguetones, sentimentales, ingenuos e infinitamente ingeniosos, hasta el punto de no avergonzarse en absoluto de exagerar todos los estereotipos que circulaban sobre ellos. Antes de la guerra, los pícaros napolitanos cobraban una tarifa a los extranjeros que querían fotografiarlos comiendo espaguetis con las manos, como dictaban un centenar o más de estereotipos.

La generación de posguerra también contó con turistas deseosos de revivir estos lugares comunes. El sencillo truco consistía en mostrar una ciudad encapsulada

únicamente en lo que primero saltaba a la vista en los barrios pobres como Forcella o Pignasecca. Una ciudad de mendigos y vendedores ambulantes, en la que, desde cada alféizar o portal, en cajones de naranjas o bandejas, alguien intentaba vender algo: castañas o pedazos de pescado frito, o cigarrillos sueltos, o higos chumbos, o *taralli* (rosquillas con sal). El pobre Nápoles era un bazar al aire libre donde barberos y sastres voceaban su oficio en las calles, y donde los transeúntes podían ver desde el exterior a toda una familia fabricando zapatos o guantes en su taller casero.

Y los visitantes extranjeros no eran los únicos responsables de esos refritos que se recreaban en los viejos clichés: siempre había napolitanos profesionales dispuestos a hacer su aportación. Uno de ellos era Giuseppe Marotta, quien sabía muy bien lo dura que podía ser la vida en Nápoles: a él y a sus dos hermanas los había criado una costurera en uno de los llamativos *bassi* (apartamentos de un solo ambiente que daban directamente a la calle). En 1926 viajó al norte del país para convertirse en escritor en la capital literaria e industrial de Italia: Milán. A finales de los años cuarenta, tras varios años trabajando de

escritorzuelo, lo consiguió: llegó a ser columnista regular de un periódico y el hombre al que los editores acudían cuando deseaban un artículo pintoresco sobre algún aspecto de la vida napolitana.

En el Nápoles estereotipado que Marotta les servía a sus lectores, la ilegalidad no era en realidad un delito, sino parte de un espectáculo urbano. En ese contexto, los carteristas y artistas del timo, dotados de un agudo ingenio, daban rienda suelta a una extravagante forma de deshonestidad que surgía de la miseria y no de la malicia. Había algo a la vez creativo y entrañable en el delito. El pobre de Nápoles podía robarle a uno el corazón tanto como la cartera.

En un artículo de 1953, Marotta se maravillaba ante la agilidad de los llamados *correntisti*: jóvenes ladronzuelos audaces y ágiles que se colgaban de la parte trasera de un camión en marcha para despojarlo de su cargamento por el camino. Esta clase de delito era conocido en los callejones como *la corrente* («la corriente»), dada la fluidez de toda la operación. Un buen *correntista*, indicaba Marotta, requería de un extraordinario abanico de habilidades:

Las piernas de un delantero centro, la vista de un navegante, el oído de un piel roja, el toque suave de un obispo y la tenaza de hierro de un levantador de pesas; y a la vez que pies como zarpas, costillas de goma y el equilibrio de un jinete. Y, para coordinarlo todo, el cerebro del director Arturo Toscanini.

Marotta sonreía con indulgencia ante las pirámides oscilantes de latas robadas que había conseguido el *corrente*.

La verdad que los estereotipos de Marotta encubrían era que el poder criminal constituía una presencia amenazante en Nápoles. Los pobres, los mismos habitantes de esos callejones que tanto encantaban a los observadores, eran a menudo sus primeras víctimas, como lo demuestra un episodio revelador de la vida cotidiana de Nápoles.

Alrededor de las seis y media, una calurosa tarde de verano de 1952, Antonio Quindici, conocido como 'o *Grifone* («el Grifón»), decidió adquirir unos mejillones y se presentó para ello en un puesto de la via Alessandro Poerio, no lejos de la estación, pero allí se topó con cinco obreros de un edificio próximo que esperaban turno antes

que él. Y exigió ser atendido de inmediato, a lo que el vendedor de mejillones accedió mansamente, pero los trabajadores de la construcción, que eran de otra parte de la ciudad, no sabían obviamente con quién estaban tratando y se opusieron a ello. 'O *Grifone* respondió cogiendo el cuchillo del vendedor de mejillones y apuñalando dos veces en el corazón al trabajador que más gritaba, para luego escapar a todo correr del lugar. Aunque los amigos de la víctima fueron tras él, su persecución se vio bloqueada por un grupo de cómplices del fugitivo y 'o *Grifone* se esfumó por las callejuelas laterales, mientras su víctima se desangraba hasta morir, dejando tras de sí una esposa y una hija de pocos meses.

La historia de 'o *Grifone* es interesante por varias razones. Primero, porque el asesino era uno de los *correntisti* que tanto admiraba Giuseppe Marotta. Los hombres como él habían aprendido sus destrezas durante la guerra, cuando Nápoles se transformó en el puerto principal de suministros para las fuerzas aliadas en Italia: aproximadamente la mitad de esos suministros terminó cayendo de la parte trasera de los camiones del ejército y derivó al mercado negro. La zona abarrotada en torno a la via Forcella, de

donde procedía 'o *Grifone*, era donde se concentraba el comercio de bienes militares robados; no por casualidad, el área de Forcella llegó a ser conocida como la *kasbah* de Nápoles. Es significativo que hubiera sido también uno de los principales dominios de la honorable sociedad, pues era el hogar de todos los antiguos cabecillas. Los *correntisti* como 'o *Grifone* serían protagonistas del renacimiento de la Camorra.

Cuando la guerra terminó, todo el mundo confiaba en que los *correntisti* desaparecerían, pero lo cierto es que en 1952 aún estaban muy activos, cuando un diario publicó el siguiente comentario:

El *corrente* es fluido, como todo el mundo sabe, y omnipresente, especialmente en las calles de mayor tráfico. Las comunicaciones entre la ciudad y los suburbios son atentamente vigiladas por escuadrones de criminales. Rápidos, bien equipados y desdeñosos del peligro, estos individuos sustraen toda clase de mercancías de los vehículos. Se puede decir que ningún tren de carga, camión o automóvil escapa a las zarpas de los *correntisti*.



Alrededor de cada *correntista* había toda una organización que incluía cuadrillas de espías que averiguaban el derrotero de los cargamentos valiosos, portadores que ocultaban las mercancías cuando se arrojaban del camión, y peristas que las ponían en el mercado. Mucho después de que el esplendor del contrabando militar hubiera acabado, las mercancías robadas por el *corrente* todavía se vendían abiertamente en la via Forcella.

Los *correntisti* no eran solo ágiles sino también violentos. Iban a menudo armados, por razones prácticas: para resguardarse de los conductores armados con rifles y de las pandillas rivales; y para disuadir a los transeúntes en su intento de llevarse cualquier cosa que hubiesen visto caer de la parte trasera de un camión. Pero además iban armados porque debían imponerse sobre la comunidad que los rodeaba y granjearse una reputación de tipos duros. En los días pretéritos de la honorable sociedad, se aludía a dicha reputación como «honor». Es uno de los ingredientes clave del poder de las mafias: el del «control territorial», como se lo suele designar. El alboroto que causó 'o *Grifone* en el puesto de mejillones fue un despliegue individualista e indisciplinado de ese «honor».

Después del apuñalamiento, el sujeto pasó varios días en fuga. Al final, degustó un último desayuno en el bar próximo al cuartel de la policía y se entregó, no sin haber elaborado previamente una historia de cómo lo habían insultado con alevosía y cómo lo había provocado el hombre al que había apuñalado. Evidentemente, su red de apoyo no fue capaz de soportar la tensión de una investigación policial de alto vuelo ni el clamor público. *'O Grifone* y sus amistades tenían límites en su control territorial.

De manera sorprendente, los diarios de Nápoles aludieron a *'o Grifone* como un camorrista, al menos en un principio. Esta es una de las raras ocasiones en que el término se coló en la prensa escrita a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Curiosamente, al proseguir la cacería de *'o Grifone* en los días siguientes, las referencias anteriores a la Camorra desaparecieron. *'O Grifone* empezó siendo un camorrista y luego pasó a ser un simple criminal.

Había una palpable incomodidad en Nápoles, en los años de posguerra, a la hora de usar la palabra «Camorra», como la había cuando se trataba de admitir lo grave que era el problema de la criminalidad en la ciudad. Nápoles

era un campo de batalla esencial en lo político, donde el espíritu de la derecha italiana estaba siendo combatido por las maquinarias políticas adversarias. Por un lado, estaba el poder cambiante de los democristianos. Por el otro, los «monárquicos», liderados por el magnate de la navegación y el fútbol Achille Lauro, quien había hecho su fortuna con las ganancias de la guerra. (Nápoles, igual que muchas ciudades del sur, había votado contra la República en el referéndum de 1946. A partir de entonces, la monarquía continuó siendo una causa de gran poder aglutinador para la derecha de la ciudad.)

El Nápoles que estas dos maquinarias políticas cuestionaban estaba asolado por el desempleo crónico y la falta de viviendas, las desatenciones en salud y el analfabetismo. La industria e infraestructura napolitanas no se habían recobrado de la devastación de la guerra, que fue peor allí que en cualquier ciudad de Italia. A pesar de ello, los políticos no encontraban respuestas, asolada como estaba la ciudad por la inestabilidad y las malas prácticas habituales, que orbitaban fundamentalmente en torno a la lucrativa industria de la construcción. Fueron los años de la «política de los *maccheroni*». En época de elecciones, los

grandes de la política ordenaban a sus operadores locales que establecieran centros de distribución en las *kasbahs* del centro de la ciudad. Allí se envolvían los paquetes de pasta, cortes de carne o trozos de bacalao en la vaga promesa de un trabajo o una pensión, y se entregaban a cambio de votos. Los gestores electorales de Achille Lauro idearon el esquema de entregar pares de zapatos a sus posibles votantes: se daba el zapato derecho antes de las elecciones y el izquierdo después, cuando el voto había quedado registrado con seguridad.

Los pobres que vendieron su voto a un precio tan bajo parecían casi tan reacios a los beneficios de la educación, el progreso social y los partidos políticos convencionales como lo habían sido tras la unificación de Italia en 1860. Sus lealtades políticas eran volubles, lo que era comprensible. Una de las pocas formas de intentar ganárselos, aparte de los *maccheroni* o los zapatos, era el sentimentalismo patriota: el alegato de que todos los problemas de la ciudad eran culpa de la negligencia del norte. Achille Lauro, que a su vez poseía el segundo mayor periódico de Nápoles, *Roma*, era especialista en exagerar el estereotipo de que Nápoles era una ciudad con un gran

corazón a la que la historia había tratado con dureza. Toda mención de la Camorra o el crimen organizado era solo una muestra del esnobismo septentrional anticuado.

Había otra razón por la que los napolitanos insistían en confinar la palabra «Camorra» al pasado: los criminales eran parte de las maquinarias políticas gobernantes. Hasta el viejo chivato camorrista Gennaro Abbatemaggio era un activista electoral ocasional a favor de Achille Lauro. Pero mucho más importantes que estos agentes populares eran los llamados *guappi*. La única forma de traducir el término *guappo* es como un «tío listo» o «un matón», pero estas palabras no llegan a expresar la autoridad que un *guappo* ejercía en su esquina de Nápoles.

Los *guappi* eran peristas y usureros, así como gestores de juegos de lotería ilegales: eran los titiriteros dentro de la vívida escena criminal de la ciudad. Pero no eran simplemente figuras criminales: los *guappi* también manejaban los hilos políticos, arreglando los problemas de cada día a cambio del favor de los políticos en cuyo nombre reunían luego, mediante sobornos, votos en época de elecciones.

El *guappo* más famoso de todos era Giuseppe Navarra, conocido como el «rey de Poggioreale». Era un jefe electoral muy leal a los «monárquicos» y a Achille Lauro, y reunió varios títulos honoríficos conseguidos con sus protectores políticos: *Commendatore* y Caballero de la Cruz del Orden Constantino. Durante la guerra había operado en el mercado negro, haciendo amigos entre las autoridades aliadas. También ganó mucho dinero en el negocio del hierro y la chatarra, que su gente extraía sobre todo (buena parte de manera ilegal) de los edificios bombardeados.

Navarra vivía entre los fabricantes de ataúdes de la ampulosa avenida de Poggioreale, el vecindario donde estaban el cementerio y la cárcel. Celebraba sus recepciones en sillas de madera desplegadas en la acera, y se dice que el día de su santo el tranvía se paraba frente a su casa para que todos los pasajeros pudieran escoger entre los dulces y licores que ofrecía. Él mismo conducía una limusina gigante marca Lancia Dilambda, con estribos a ambos costados, uno de esos coches que acostumbramos a ver en las películas norteamericanas de gánsteres de entreguerras. Navarra lo adquirió en una subasta en Roma tras la caída del fascismo, y había

pertenecido a Vittorio Mussolini, el hijo mayor del Duce. En 1947, un periódico septentrional publicaba un irónico retrato de este monarca de barrio:

Tiene unos cincuenta años, es regordete y de rostro cuadrado, y el cabello entrecano. Uno de sus ojos es vago y su nariz arranca briosa de la amplia base del rostro, pero rápidamente acaba en forma puntiaguda..., como si hubiera empezado para ser una gran nariz borbónica y se hubiese arrepentido sobre la marcha.

Navarra debía su fama, y buena parte de su popularidad, a un episodio extraordinario que ocurrió en 1947, cuando rescató el tesoro del santo patrón de la ciudad, San Gennaro. San Gennaro es el mártir cuya «sangre» se guarda en un recipiente de vidrio en la catedral de Nápoles para que pueda licuarse un par de veces al año. O no licuarse, si los ciudadanos topan por cualquier razón con el disgusto del Todopoderoso. El tesoro del santo es una colección de obsequios de sus fieles, que se trasladó al Vaticano por motivos de seguridad durante la guerra. Los detalles de primera mano del supuesto acto de heroísmo del rey de Poggioreale son imprecisos porque la mayoría

de los diarios, por suspicacia, no informaron del asunto hasta más adelante. Pero la historia cuenta que, cuando el alcalde de la ciudad pidió al jefe de policía que ayudara a traer el tesoro de vuelta a casa, este se negó a ello: la policía no podía dilapidar el dinero o los recursos necesarios para enviar el carro blindado, los diez camiones y los veinte escoltas armados que se requerían para trasladar el tesoro por las peligrosas carreteras entre la capital y Nápoles. En ese punto, el *guappo* Navarra se ofreció voluntario para hacerlo y lo trajo de manera clandestina, en un coche, con un viejo aristócrata católico como pasajero. Él mismo informaba que había utilizado un Fiat 22, que era un vehículo más discreto que su limusina, pero no quedaba del todo claro cómo había conseguido meter el tesoro en la pequeña maleta del coche. Aunque pueda parecer extraño, Ernest Borgnine recreó luego la travesía interpretando el papel principal en la película *El rey de Poggioreale*, estrenada en 1961.

Navarra era una figura envuelta en capas de leyenda y autopromoción histriónica, otro de los pintorescos distintivos propios de las calles napolitanas. Como consecuencia de ello, el periodista Giuseppe Marotta, que



era algo así como un «napolitano profesional», escribió un retrato de él en 1947 con la indulgencia habitual, diciendo que era «un hombre dedicado a obras de caridad, tanto como a su esposa y a la causa monárquica». Pero Navarra ejercía un poder muy real, que se sostenía en la amenaza de la violencia. Los lugareños lo recordaban luego paseándose arriba y abajo de la avenida con un chaleco y sombrero de ala ancha, blandiendo una pistola.

Así que Navarra, como otros *guappi* de la ciudad, era un puente entre el universo callejero, incluidos los bajos fondos, y los palacios urbanos del poder. Una de las cosas que diferencia a las mafias italianas de las bandas criminales ordinarias es precisamente este vínculo con la política. Póngase a los *correntisti* y los *guappi* juntos en un único sistema y uno tendrá toda la justificación del mundo para emplear la palabra que empieza por C y que los diarios napolitanos habían decidido no emplear.